

Ambientación

La multiplicación de los panes y los peces nos muestra que es Jesús quien alimenta y sacia al hombre. Con su presencia y viviendo en Él y con Él se da plenitud a nuestra vida, por lo que las preocupaciones terrenales no son sino eso, terrenales, tempo

rales, finitas. El alimento que Cristo nos ofrece es inagotable, sobreabundante, y cuantas veces lo necesitemos, lo obtendremos. Es además un alimento para todos, universal, sin que nadie quede excluido de poder disfrutar de él.



Palabra de Dios

Lectura del santo evangelio según san Juan, (6,1-15)

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Al ver que acudía mucha gente, dice Jesús a Felipe: «¿Con qué compraremos panes para que coman estos?». Felipe le contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo». Andrés le dice: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?». Jesús dijo: «Decid a la gente que se

siente en el suelo». Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda». Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: «Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo».



Reflexión

¿Quién no ha pasado hambre alguna vez? La sensación de tener hambre nos causa cierta angustia, ansiedad, incomodidad e inseguridad, al pensar en que no tendremos fuerza para seguir adelante.

En nuestra vida quizás el hambre que sentimos no es solo de llevarnos algo a la boca, sino hambre de tener más cosas, hambre de afecto de los demás, de éxito y poder, de placer... y si encendemos la tele vemos claramente que no hay nada capaz de calmar esa hambre. Pensamos que puede calmarse con el

dinero, pero con el paso del tiempo nos damos cuenta de que no.

Jesús se nos ofrece entero como-alimento para nuestra vida. Además, lo hace como un trozo de pan, mostrando por un lado la sencillez de su persona, de lo que nos ofrece; y por otro lado, como un alimento básico, que necesitamos todos los días y que nunca nos cansaremos de él. ¡Lo mejor es que hay para todos! Así que también, ¿por qué no ser solidarios con lo que tenemos y ser pan para otros?



Oración

Señor de la Vida, nos invitas a ser solidarios, para cambiar el mundo para que nazca el Reino. Abre nuestras manos y empuja nuestros corazones, para aprender a compartir lo que somos y tenemos. Para vivir la fiesta diaria de la solidaridad, que es el amor por los demás hecho acción y compromiso. Nos diste tu ejemplo. Ayúdanos a vivirlo. Enséñame Jesús a ofrecer lo que tengo,

a compartirlo con otros, a darlo con generosidad. Enséñame Jesús a dar mis cinco panes y dos pescados. A compartir mis bienes, a vivir con lo necesario, a ser generoso y desprendido. Enséñame Jesús a dar mis cinco panes y dos pescados. A dar mi tiempo, a ofrecer mi colaboración, a compartir mis dones. Cinco panes y dos pescados no son mucho

pero alcanzan cuando se comparten. Porque cuando uno da lo que tiene la solidaridad hace el resto, y alcanza para la vida de todos. Esa es tu gran enseñanza, Jesús, que entregaste hasta la propia vida. Enséñanos a ser solidarios, enséñanos a compartir, enséñanos la alegría del dar, para construir el Reino, para vivir el amor, para cambiar el mundo y acercarlo más a Dios.

(Marcelo A. Murúa)

